

che, pero no nos cabe duda de que en aquellos pocos metros debe localizarse el gran recuerdo. Algo nos aprieta el corazón, y nuestra imaginación está embargada por no sé qué impresión en que se mezclan la melancolía, el amor, la compasión y el agradecimiento. Nos cuesta separarnos de aquel monte famoso, una de las colinas más altas del Universo, pero la voz de retirada suena con urgencia imperativa. Hay que renunciar de subir hasta la cima donde se encuentra la iglesia de la Ascensión. Renuncia dolorosa, de la cual no nos consolaremos nunca. Y al otro lado se encuentra el Sión, con los recuerdos del Cenáculo y con la iglesia de la Dormición. Otra renuncia a la cual íbamos ya resignados desde nuestra entrada en Tierra Santa. Había que escoger entre Transjordania o Israel; sería difícil entrar en el reino de Abdullah. Afortunadamente, lo más interesante de Jerusalén está en manos de los árabes, que hoy son amigos nuestros, aunque antiguamente luchásemos contra ellos durante ocho siglos.

»Mientras las muchachas van ocupando sus asientos en el autobús, cosa no tan rápida y sencilla como pudiéramos imaginar, contemplo por última vez el melancólico despliegue del paisaje bíblico, que se extiende ante mis ojos. Estoy frente al ángulo de la ciudad que se alza sobre el valle de los muertos. Me parece como si todo hubiera permanecido inmutable desde los tiempos de Cristo.»

»Desde el aire una última mirada sobre la Ciudad Santa. La puerta de Damasco, las murallas, la Basílica del Santo Sepulcro, el Monte Olivete y cerca de él el Sión, que sólo pudimos ver desde la lejanía. Todavía pudimos distinguir las aguas del Jordán, iluminadas por los últimos rayos de la tarde. Después, la oscuridad envolvió el avión. Soñamos, recordamos y rezamos, hasta que una hora más tarde apareció a nuestras miradas la

inmensa bahía de Beyrut y la ciudad cercana con las constelaciones multicolores de sus luces innumerables.»

A primeros de enero llegó la expedición a Barcelona, de donde había salido, y casi desde allí nos fuimos todas a Burgos, para celebrar nuestro XV Consejo Nacional.

En enero y en Burgos el frío era aterrador, además era un año de epidemia de gripe y hubo por esta causa innumerables bajas. Fué lástima en verdad, porque el hacerlo en Burgos fué, sobre todo, por inaugurarle en Sijos para que las camaradas oyeran en toda su pureza la maravillosa liturgia de una Misa Benedictina. En fin, las supervivientes allí fueron todas y se empaparon del más puro estilo gregoriano. Visitaron después la Abadía con su claustro románico y el ciprés de Fray Justo, y me figuro que luego se precipitarían a coger los autobuses y volver hacia Burgos en busca de la templada sala de la Diputación, donde había de celebrarse la inauguración. Como siempre, los discursos de ritual, menos el mío, porque yo era una de las víctimas de la gripe, y después las sesiones con sus conferenciantes. En este caso Fray Justo, Dionisio Ridruejo, José María Areilza y el general Yagüe, capitán general y muy cerca a la Falange por sus ideas y por la inquietud revolucionaria que acuciaba su vida.

En las sesiones se habló de la posible participación de la Sección Femenina en la guerra universal que se vislumbraba, y como siempre, de las tremendas dificultades económicas que para nuestras cosas teníamos. Todo más o menos variable con los años menos esto, penuria y penuria, agobiante que nos quita mucha tranquilidad.

Era el jefe Provincial Alejandro R. de Varcárcel, hermano de Carlos; con él y con todo el Consejo fuimos a Palencia para hacer